



VIAJE DE UN ALMA

MARÍA JOSÉ ENCINA MUÑOZ

VIAJE DE UN ALMA

María José Encina Muñoz

© 2026, María José Encina Muñoz

Viaje de un alma

Todos los derechos reservados.

Primera edición, Jokano, España.

Portada: :Hno. Mateo Maranda, OSB



COLOQUIOS DE GESTACIÓN

—Inocencia del alma deseada,
suspiro del cuerpo que se gesta.

Semilla emergente de la tierra,
de la promesa latiendo en las entrañas.

En el letargo de la oscuridad envolvente,
previo al amanecer de la vida,
se infiltra el hálito divino
y el alma emprende su partida.

Como un tabernáculo escondido
en los surcos de la historia humana,
se gesta en las manos santas
una luz que del cielo emana.

¿Qué miras, pequeña almita?
¿Qué contemplas en las lejanías?
—Un horizonte que se pinta
de promesas y profecías.

—Ahí en lo oculto,
cuando el mundo parece dormido,
susurrabas mi nombre,
dando vida a lo escondido.

Vínculo sacro, alianza perenne:
«Eres mía», me dijiste,
«desde ahora y para siempre».
«Desde ahora y para siempre»,
yo también te dije.

Sentí tu beso eterno; mi pecho desbordó.
Tu suspiro sagrado recitó un pacto perpetuo.
Con tus labios proclamaste:
—Hija amada, en ti mi alma se complace.
Ya no hay tiempo ni espacio,
eres mía para siempre.

—Todo el mundo proclama
la grandiosa obra de tu nombre.
Solo tú eres el Santo,
el que hace maravillas.
En ti ya no hay noche, todo es día.

—¿Qué contemplas, alma mía?
La obra de tus manos,
creación sagrada que canta por lo alto.
Vida que quiere ir a tu encuentro,
resplandor que ya no tiene ocaso.

—Mira la vida que pongo hoy ante ti.
Lazo que desde hoy nos une para siempre,
en esta creación danzante,
bailaremos eternamente.

—Tu soplo me envolvió
y en lo alto del monte me situó.
«Contempla la eternidad», me dijiste.
«Esta es tu casa, don de mi amor».

«Habitarás en mi regazo,
bajo mi hálito bendito,
día tras día te bendigo».
Y en tu seno... yo existo.



SOL NACIENTE

—Abre los ojos y contempla la dicha.
Levanta la mirada, que se regocije tu corazón.
Sigue el camino que hoy te señalo;
la tierra entera será tu bendición.

—El llanto irrumpe por tan sufrida distancia.
«No te quebrantes», me susurras en mi interior.
«Tú eres mía, yo estaré contigo»,
me impregnas de salvación.

Los ojos del alma se abren
y encuentran tu compasión.
Mi interior se calma, recordando tus palabras:
«Estamos unidos en una alianza de amor».

Unos brazos me acogen,
lloran de emoción.
De ellos brota una alabanza:
soy su promesa de bendición.

—De sus labios brotan palabras
que calman mi corazón,
arrullos para el alma
que me recuerdan quién soy.

Sagrada vida que hoy contempla
lo que le es desconocido,
como peregrino en la orilla,
frente al mar prometido.

«¿Qué ruta marca el presente?».
«No hay futuro», me develas.
«Yo soy el Dios viviente,
el Viniente, el de siempre y para siempre».

—¿Qué temes, pequeña almita?
—El lugar desconocido, tanto viaje que
navegar...
¿Y si pierdo el rumbo
si no sé cómo regresar?

—¿Qué ruta ves por delante?
¿Qué puerto has de buscar?
En ti soy camino,
donde te has de consagrar.

—No hay camino desconocido,
no hay ruta que inventar.
Mi amor te llevará segura
navegando por el ancho mar.

—Soy tu barco, tu marea,
tu puerto al que has de llegar.
Soy yo a quien tú buscas,
el mismo viento que te ha de
impulsar.

—¡Tranquila, almita mía!
No tienes por qué dudar.
Es una búsqueda llena de vida
la que estás por alcanzar.



DESDE EL PUERTO NACIENTE

—Zarpar desde el puerto naciente,
aprendiendo un rumbo sin destino.

«Allá voy, amado de mi alma,
sinfonía de mi corazón perdido».

El valle, los montes, las estrellas,
los pájaros, el viento y los prados.
Aquí te encuentro, amor eterno,
aquí suspiro en búsqueda de tu sagrado puerto.

Todo es nuevo, todo es gracia;
son días que no tienen término.

Te busco, amado de mi alma,
y me pregunto dónde te encuentro.

«Aquí», me susurras al oído
y me dices, amada: «No tengas miedo,
este viaje es de nosotros.
En mí hallarás lo eterno».

—Amor de mi amor, te busco
y en las olas de este mar te encuentro.
Mi mirada se abre a lo eterno,
a un amor gestado en lo secreto.

Me he vuelto navegante
de una humilde barquita;
en ella me desprendo de miedos
que me agitan.

En mí habita la ruta,
mi barca se mueve serena;
pues sé que tú, amado mío,
habitas y moras en ella.

Refugio que me abres a lo nuevo,
lo escondido se convierte en tesoro.
Mi alma se desborda de alegría,
pues confío en este viaje sin rumbo.

—A veces busco el mapa
que mi corazón me dicta,
pero el rumbo cambia
día tras día.

—Mira las aves del cielo,
siente el viento que te abriga.
Así es como tu corazón se mueve
al encuentro del que te suspira.

—¡Ahí, almita mía! Contempla las estrellas,
déjate embriagar por lo eterno.
Abandónate en el misterio
que todo lo hace nuevo.

—Es una búsqueda encantadora
por donde tu corazón se mueve,
pues no hay una ruta señalada,
solo el amor que en ti se desprende.

—No pretendas controlar el viaje,
busca en mí seguridad infinita.
Mira lo creado que te abraza,
acúñate en la soledad bendita.



Mar en calma

—En el desconocido mar
en el que me encuentro yo,
las olas me van meciendo
como a un recién nacido.

¡Qué feliz se siente mi alma
en este mar de la dicha!
Brotó de mí la sonrisa
de la que el amor se fía.

Encuentro amor en los marginados,
me habitan lágrimas de tristeza,
pero tu amor lo transforma todo
y el luto se hace fiesta.

Vienen y van los viajeros
que navegan en otras barcas,
saludan desde lo lejos
con sus historias santas.

—¡Qué bueno eres, amado mío!,
que me das tus melodías
que hablan de tu amor entregado,
velando noches y días.

Te consagras en barcas pobres
que no buscan la codicia,
más bien se sienten amadas
por tu amor que las anima.

“¡Vengan, benditos de mi Padre!”,
canta mi alma en su dicha.
Tu voz se escucha serena,
no hay amor que la contradiga.

¿Puede mi alma estar más plena,
cuando en su mar se siente amada
por los rostros de quienes sufren
y por ti son levantadas?

—Son sus barcas las que saludan
y me bendicen en tu nombre.
Sus sabias sonrisas me guían
y van marcando mi norte.

¡Qué cuidados son los tuyos!
que no dejan sola a esta barca,
la llenas de sabias palabras
y en tu amor ella descansa.

En este mar tan tranquilo,
que mece siempre mi barca,
haces que fluya serena
mi oración entregada.

¿Cómo dudar de este amor
que vela en todo momento,
como el astro del universo
que nos cuida en el silencio?



Campanas de amor repican

—A lo lejos se divisan las barcas
que a sus propios puertos navegan.

En el vasto mar de mi alma
se alumbra la amorosa senda.

Campanas de amor repican
y me gozo de sentirte cerca.

¿Dónde moras, amado?,
¿dónde anclo mi barca serena?

—¡Aquí estoy! —me susurras
cual sinfonía traviesa—.

¿Acaso no me contemplas
en el gozo de tu sentida espera?

Con tu voz mi interior se serena
cual ave que al cielo se entrega,
teniendo que dejar su nido.
En tus vientos me sé amado mío.

—En las aguas calmas se dibuja
un paisaje nunca visto,
un canto nunca escuchado,
un susurro nunca oído.

Te haces presente de otra manera
y me asombro de tu belleza.
Me dices:
“Ama, solo el amor todo lo alcanza”.

El pecho se me inflama,
me gozo en tu presencia.
Tu amor me abraza, me rodea,
me enraízo ya en tu tierra.

Nunca había experimentado
un amor en lo escondido,
que se revela claramente
como un bordado con bellos hilos.

—¿Hacia dónde me llevas, amado mío?
¿Qué sorpresa tienes para mí?
Tanto amor me sobrepasa
y no encuentro las palabras.

El silencio se vuelve canto,
la libertad mi compañera.
Vuelo alto en tu horizonte
que ante mí se despliega

La tranquilidad baila conmigo,
en ti mi corazón se encuentra.
Un dulce llamado oigo,
tus campanas suenan y suenan.

¿Es que ya he llegado al puerto
de tu dulce amor, mi amado?
¿Es este el lugar del encuentro,
donde llego al amor esperado?

Las aguas calman mis preguntas
y tu silencio se transforma en respuesta:
—Tranquila, almita mía,
solo en tu Dios te encuentras.



Atardeceres cubiertos

—No te apresures, alma mía,
no busques con desenfreno.
Más bien, abre bien tus ojos
para que no te ciegue el desvelo.

¿En qué pones tu mirada?
¿Qué contemplas a lo lejos?
¿No ves el corazón doliente
de aquellos que no tienen puerto?

Descuida, alma mía,
tu amor rema mar adentro.
Y en el atardecer de tu hora
te doy vida y te aliento.

No estás sola, amada mía,
aunque no veas pronto el puerto.
No busques con ansia fuera
lo que ya nace de adentro.

—Me agito, amado mío,
y tu voz me invita al sosiego.
Ya no diviso las otras barcas,
solo un mar que me acuna en el sueño.

¿Debo buscar un puerto,
una playa donde atracar?
En este mar en calma,
mi barca se mece sin más.

Pareciera que mis apuros
me hacen dejar de mirar
lo que pones delante de mí,
tesoro sagrado en esta alta mar.

El atardecer trae parajes
que me llevan a ir más allá.
Me susurran tu confianza
y mis deseos de aprender a amar.

—No olvido las palabras sagradas
que grabaste a fuego en mi alma.

«Eres mía», me dijiste,
«no hay apuro por llegar».

—Mira el sol que ya se esconde,
se va en estelas de fuego.
Te recuerda que todo tiene su tiempo,
debes vivir el sagrado momento.

No desprecies tus preguntas,
no te afanes en responder.
Deja que mi misterio te envuelva,
que te sumerja más en él.

—Yo espero, amado mío.
Nada quiero más que a ti,
aunque me lleve días sin término
y me asuste ya morir.



Noche paciente

—La primera noche me visita
y mi alma la contempla.
Infinitas estrellas me rodean
y me hablan de belleza.

—¡Bienvenida, hermana nuestra,
a la noche de la espera!
Desde tu barca admira
los surcos del alma en vela.

Mantén el dulce sosiego
del que confía en su amor eterno,
pues de él es el cielo y la tierra
y todo cuanto hay en ella.

¿Puedes apurarte,
querida hermana nuestra,
cuando tu vida se sostiene
en el mar de la santa espera?

—Contempla la noche estrellada,
que se te regala majestuosamente,
promesa de que, en medio de la noche,
tu amado se mantiene.

Qué dulce el amor que te mece,
aunque a veces no lo sientas.
No pongas la mirada delante,
más bien respira serena.

La noche invita a la confianza,
hermana entrañable del que espera.
Aprendes que tu amado
es presencia que sosiega.

Querida almita, no te asustes,
tu amado no abandona.
Su amor sagrado te bendice
y su Espíritu te colma.

—Ya no importa hacia dónde vas,
la noche entera te lo dice.
Busca el aquí y el ahora,
el mar en calma te bendice.

Las estrellas te acompañamos,
somos expertas viajeras.
Del amor eterno sabemos;
se ilumina tu santa espera.

No te apresures, alma querida,
que todo tiene su tiempo.
La noche enseña a confiar
para abandonarse en el misterio.

—Si tienes miedo, solo recuerda
el amor que yo te tengo.
Nada puede sostenerte tanto
como el amor que te profeso.

Alma querida, ten calma,
mira la noche estrellada.
Que tu luz ilumine la noche
de tantas barcas extraviadas.



Noche profunda

—Sentada en mi pequeña barca,
contemplo lo que se avecina:
una noche que pierde, incluso,
a sus estrellas guías.

Mi alma se turba tan pronto,
no veo a nadie en las cercanías.
Me pregunto si ya vendrán otros
o si me encuentro yo a la deriva.

¿Amor de mi alma, te encuentras,
o también me ocultas tu rostro?
Ya no puedo ver las rutas marcadas,
mi barca navega sin rumbo.

¿Y ahora qué hago, alma mía?
El mar también se levanta.
Mi barca ya no se mece.
Yo siento que más bien naufraga.

—El miedo visita mi alma,
ciega mi rostro la falta de fe.
Mis palabras no encuentran sentido,
sucumbo ante tu ausencia de ser.

Qué pérdida me encuentro,
me recuesto sobre el mar.
Ya no me puedo parar
para mirar más allá.

Ya nada depende de mí,
orgullo que ya se apaga.
Todo es don, todo es gracia,
misterio que se regala.

No puedo olvidarte, amado mío,
la fe en tu amor me sustenta.
Esta es la hora concreta,
el momento de la ansiada espera.

—Traigo tu rostro a mi memoria,
contemplo tu eterna grandeza.
¿Depende mi vida de que te vea
o puedo vivir en tu sagrada ausencia?

¿Estás realmente ausente,
amado de mi alma,
o son mis sentidos los que no te perciben
cual ceguera momentánea?

Mi vida está en tus manos,
como se gestó en el comienzo.
Amor que se enraíza
a su tierra, lo primero.

Yo espero, amado mío,
el recuerdo me sostiene.
Tus palabras me acunan dentro,
aunque la barca no navegue.



Albores de esperanza

—No vivas de las sombras,
porque el amor es pleno.
Todo lo que tengo es tuyo;
a ti yo te lo entrego.

¿Qué sueñas, alma mía?
Por ti suspiro y velo.
Aunque no me sientas ni me veas,
yo por ti espero.

Consagrada te encuentras;
en mi seno te llevo.
Desde siempre, mi amada,
nuestro amor es eterno.

Permanecer en la noche
es dicha y encuentro.
Ya no son los sentidos
los que te revelan el puerto.

—Mi amor es para siempre,
no depende de afectos.
No eres tú quien timonea
la barca del amor supremo.

¡Qué dicha más grande,
la esperanza de este encuentro,
donde te dejas llevar
solo por mi amor eterno!

Descansa, almita mía,
de este largo tiempo,
pues la hora ya ha llegado,
la del amor en velo.

—Amado mío, en ti me siento.
Mi confianza y mi esperanza
son el canto de tu aliento.
¡Ya no hay espera; llegó el momento!

—Ya no soy yo quien navega
por este mar movido,
ni en calma ya me siento:
el puerto lo tengo en el olvido.

Ya descubro, amado mío,
que en ti no hay lejanías.
Este mar que me sostiene
eres tú, día tras día.

Qué ilusa he sido al creerme
navegante de mares escondidos.
¿Qué puerto creía yo
que tenía como destino?

Por eso tu sagrada calma,
por eso tu paciente espera,
porque no había playa que encontrar,
sino un mar que aprender a besar.

¡Qué alegría siente mi alma
al reconocerte en este alba!
Ya no hay noche, ya no hay día,
solo tú eres mi vida.



Luz trascendente

Tu amor me atraviesa
como luz naciente,
traspasa mi noche
y transforma lo hiriente.

Ya no hay puerto que encontrar,
tú lo eres todo,
el Viniente, el que abraza,
el que da luz a mi esperanza.

Qué viaje más hermoso,
qué retorno menos esperado.
Me mantengo en este espacio
porque tú me has acrisolado.

Fuego que alumbra
la noche escondida.
Qué importa ya cuál es el día,
solo tú eres mi guía.

Tu susurro me encuentra,
tu tierra me enraíza.
Ya no hay separación,
me vuelves a decir: —Eres mía.

Qué felicidad siente mi alma
en esta agua ya cristalina;
la que navegaba sin conocer,
ahora se ha vuelto mía.

Tu voz me levanta,
me llena tu esencia,
me invita a mirarte,
gozando también aquí en la tierra.

¿Puedo yo buscar otro deseo
que gozarme en tu presencia?
No me imagino sin ti, mi amado,
en el presente al que me llevas.

Ya no quiero nada,
no deseo nada.
Solo tu amor me colma,
solo tu amor me basta.

—Ríe, almita mía,
busca el santo cielo.
El tesoro ya encontrado,
tuyo es, yo te lo entrego.

Estamos unidos
en lazos de amor eterno.
Ya no hay tiempo que nos separe
ni espacio que no encontremos.

Este mar que ahora nos une
se transforma en el santo cielo.
Descansa, almita mía,
vuelve ya a tu seno.



Perderme en tu encuentro

Me pierdo en tus ojos,
me pierdo en tu encuentro.
Solo tu amor me conduce
y me revela lo eterno.

La luz que ahora resplandece
ilumina el ocaso,
lleva candil a otras barcas
que buscan puertos lejanos.

—¿Cómo no contarles de ti,
amor de mi alma?
¿Cómo no cantarles
sinfonías jamás escuchadas?

—¿Es que acaso puede mi alma
guardar para sí tal secreto?
Imposible me es
no contar lo que ya es cierto.

—No te angusties, hermana mía,
no busques en vano un puerto.
Este mar que navegas es tierra
de un amor que es del todo incierto.

—Luz que lo irradas todo,
permanece en la santa espera,
pues todo amor que le anhela
se une a tu gran tesoro.

—No hay límites que te marquen,
no hay margen que te contenga.
El amor que buscas ya late
en lo profundo de tu amor en vela.

—No te apresures, hermana mía,
no busques mérito alguno.
Solo confía y permanece
en el amor que te hace uno.

—Las estrellas te acompañan,
yo te cuento lo que he vivido,
pues no hay amor más grandioso
que este que yo he sentido.

—Te comparto la luz que atraviesa
y que hoy es mi profundo destino,
para que esperes en santa calma
al amor definitivo.

—No desconfíes de tus preguntas,
no pierdas tiempo en responderlas.
Ya lo dice un susurro sagrado,
que todo se lo lleva.

—Goza del mar que te acuna,
contempla cada momento.
No hay tiempo que perder ahora,
solo vive en el amor eterno.

—Amor de mi alma, hoy soy tuya,
y no busco ya otro contento.
Pues en ti mi alma se goza
y es su máximo consuelo.

Amén.

Todo amor que en ti espera,
presencia eterna que permaneces,
en ti nuestras almas se encuentran,
en ti son gozo resplandeciente.